

## LIBRO DÉCIMOTERCIO

### EL TRIBUNADO

Administración interior. — Reparación de las carreteras y persecución de los malhechores. — Renacimiento del comercio. — Exportaciones é importaciones del año 1801. — Resultados materiales de la revolución francesa en la agricultura, la industria y la población. — Influencia de los prefectos y subprefectos en la administración, orden y celeridad en el despacho de los negocios. — Consejeros de Estado enviados á visitar las provincias. — Discusión del código civil en el Consejo de Estado. — Invierno memorable de 1801 á 1802. — Afluencia extraordinaria de extranjeros á París. — Corte del primer cónsul. — Organización de su casa militar y civil. — Guardia consular. — Prefectos del palacio y damas de honor. — Las hermanas del primer cónsul. — Hortensia de Beauharnais, esposa de Luis Bonaparte. — Viaje de Fox y de Calonne á París. — Bienestar y lujo de todas las clases. — Proximidad de la legislatura del año X. — Suscítase una enérgica oposición contra las más grandes obras del primer cónsul. — Causas de esta oposición que se difunde, no sólo entre los individuos de las asambleas deliberantes, sino también entre varios jefes del ejército. — Conducta de los generales Lannes, Augereau y Moreau. — Apertura de la legislatura. — Dupuis, el autor de la obra *Sobre el Origen de todos los cultos*, es nombrado presidente del cuerpo legislativo. — Escrutinios para las plazas vacantes del senado. — Nombramiento del cura Gregoire contra lo propuesto por el primer cónsul. — Violenta explosión en el tribunalado á propósito de la palabra *sábáitos*, escrita en el tratado con la Rusia. — Oposición al código civil. — Exasperación del primer cónsul. — Discusión en el Consejo de Estado sobre la conducta que se deberá observar en aquellas circunstancias. — Se adopta el partido de esperar á que se discutan los primeros títulos del código civil. — Desecha el tribunalado estos primeros títulos. — Siguen los escrutinios para los puestos vacantes del senado. — Propone el primer cónsul á varios generales antiguos que no pertenecen al número de sus hechuras. — El tribunalado y el cuerpo legislativo los desechan, y se ponen de acuerdo para proponer á Mr. Daunou, conocido por su oposición al gobierno. — Alocución enérgica del primer cónsul á una reunión de senadores. — Amenazas de un golpe de Estado. — Los opositores intimidados se someten, é imaginan un subterfugio para anular el efecto de sus primeros escrutinios. — El cónsul Cambaceres disuade al primer cónsul de toda medida ilegal, y le persuade á que se libre de la oposición haciendo uso del artículo 38 de la Constitución que fija para el año X la salida de la primera quinta parte del cuerpo legislativo y del tribunalado. — Adopta el primer cónsul esta idea. — Suspensión de todos los trabajos legislativos. — Aprovechase para reunir en Lyon una dieta italiana bajo el nombre de Consulta. — Antes de dejar á París envía el primer cónsul á Santo Domingo una escuadra con tropas á bordo. — Proyecto de reconquistar aquella colonia. — Negociaciones de Amiéns. — Objeto de la Consulta convocada en Lyon. — Diversos modos de constituir la Italia. — Planes del primer cónsul sobre este asunto. — Creación de la república italiana. — El general Bonaparte es proclamado presidente de dicha república. — Entusiasmo de los italianos y franceses reunidos en Lyon. — Gran revista del ejército de Egipto. — Regreso del primer cónsul á París.

Acabamos de ver cuáles fueron los esfuerzos hábiles y perseverantes del primer cónsul para reconciliar á la Europa con la Francia con su política, después de haber sojuzgado á aquella con sus victorias; acabamos de ver los esfuerzos no menos meritorios que empleó para reconciliar á la república francesa con la Iglesia romana y poner término á los males del cisma. Pero no fueron menos constantes ni menos felices los que puso en juego para restablecer la seguridad y la comodidad de las conducciones en los caminos públicos, para imprimir nueva actividad al comercio y á la industria, para sacar de apuro á la hacienda, introducir el orden en la administración, redactar un código de leyes civiles acomodado á nuestras costumbres, y organizar en fin la sociedad francesa en todas sus partes.

Se acababa de reprimir con el mayor rigor aquella raza de salteadores, formada por los desertores de los ejércitos y por los soldados licenciados de la guerra civil, que perseguían en las aldeas á los propietarios ricos, á los viajeros en los caminos reales, saqueaban las arcas públicas y difundían el terror por todo el país. Para diseminarse y ejercer sus tropelías habían escogido aquellos bandoleros la época en que había quedado el interior sin las fuerzas necesarias para su seguridad, por haber salido fuera casi á un tiempo mismo todos los

ejércitos; pero después de la paz de Luneville, y con el regreso de una parte de nuestras tropas, no era ya la misma la situación de la Francia. Habían recorrido los caminos en todos sentidos numerosas columnas volantes acompañadas primeramente de comisiones militares, y después de aquellos tribunales especiales, cuya instalación hemos referido, castigando á los malhechores que los infestaban con la más inexorable energía. En el término de seis meses quedaron fusilados muchos cientos, sin que ocurriera la menor reclamación en favor de aquellos malvados, restos impuros de la guerra civil. Los otros, completamente desalentados, se sometieron y entregaron sus armas. Quedó la seguridad restablecida en las carreteras, y mientras en los meses de enero y febrero de 1801 apenas se había podido viajar de París á Ruán ó de París á Orleans sin exponerse á perder la vida, á fines del mismo año ya se podía atravesar la Francia entera sin el menor peligro. Sólo en el interior de la Bretaña ó de las Cevenas subsistían aún algunos restos insignificantes de aquellas partidas de bandoleros, é iban en breve á quedar dispersados.

Dijimos ya anteriormente que los diez años de trastornos habían interrumpido casi todas las comunicaciones en Francia; que á las antiguas servidumbres corporales se habían substituído los derechos de portazgo; que

bajo el régimen de estos derechos, molestos é insuficientes al mismo tiempo, los caminos habían llegado á perderse completamente; y por fin, que el primer cónsul había consagrado en vivo último un subsidio extraordinario á la reparación de veinte calzadas principales de las que atravesaban el territorio de la república. Vigiló él mismo sobre la inversión de este subsidio, y excitó por medio de su atención asidua el celo de los ingenieros hasta el más alto grado. No había edecán ni gran funcionario que viajase por Francia, que no fuera interrogado por él para saber si se ejecutaban puntualmente sus órdenes. Votáronse aquel año los arbitrios algo tarde; en sus últimos meses fueron abundantes las lluvias, y la mano de obra además faltaba generalmente: tal era la consecuencia de una roturación inmensa y repentina y especialmente de una guerra civil prolongada. Estas diversas causas habían retrasado las obras; pero no obstante, la mejora era notable. Acababa el primer cónsul de destinar un nuevo subsidio tomado del año X (1801 y 1802) á la recomposición de otros cuarenta y dos caminos. Este subsidio, sacado de los fondos generales del Tesoro, debía agregarse al producto de la renta arriba mencionada. Contando dos millones no invertidos en el año IX, diez de subsidio extraordinario tomados del año X, y además diez y seis que importaba la renta, la suma total destinada á los trabajos de los caminos para el año corriente venía á ser de veintiocho millones de francos; es decir, doble ó triple de la que se había destinado á dicho ramo en las épocas anteriores. Adelantaban, pues, las reparaciones con gran celeridad, y todo anunciaba que durante el año de 1802 volverían á encontrarse los caminos en Francia en un estado perfecto de transitación.

Diéronse órdenes para el trazo y apertura de nuevas comunicaciones entre las diversas partes de la antigua y nueva Francia. Entre ésta y la Italia se disponían cuatro grandes carreteras. La del Simplón, mencionada repetidas veces, adelantaba rápidamente: habían empezado ya los trabajos en la destinada á unir el Piamonte con la Saboya por el monte Cenis; y estaba ya mandada trazar la tercera, que por el monte Ginebra había de poner en comunicación el Piamonte con el Mediodía de la Francia. Recorrián los ingenieros los lugares para fijar los proyectos; había comenzado la recomposición del camino real del Pico de Tenda que atravesaba los Alpes marítimos; aquella barrera de montes iba á desaparecer entre la Francia y la Italia con aquellas cuatro carreteras acomodadas á toda clase de transportes civiles y militares. El milagroso paso del San Bernardo no tendría que repetirse en lo sucesivo cuando fuera menester correr al socorro de la Italia.

Ejecutábase el canal de San Quintín. El mismo primer cónsul fué á ver el canal de Ourcq, y mandó que continuasen sus trabajos; el canal de Aigues-Mortes de Beaucaire, confiado á una compañía, estaba ya también ejecutándose. Había estimulado el gobierno á dicha compañía, haciéndole concesiones de terreno considerables. Los puentes nuevos del Sena, que corrían á cargo de una asociación de capitalistas, estaban casi terminados. Tan numerosas y grandes empresas excitaban vivamente la atención pública, y los ánimos que en Francia están siempre en movimiento olvidaban insensiblemente el reflejo de las grandezas de la guerra pa-

ra dirigir su entusiasmo hacia las grandezas de la paz.

El comercio había tomado un vuelo considerable ya en el año IX (de 1800 á 1801) á pesar de que la guerra marítima reinaba aún durante dicho año. Las importaciones, que en el año VIII sólo ascendieron á trescientos veinticinco millones de francos, subieron en el año IX á cuatrocientos diez y siete, aumento de casi una cuarta parte en el espacio de un solo año. Debióse este crecimiento á dos causas: el consumo de géneros coloniales aumentado rápidamente, y la introducción considerable de materias primeras propias para la fabricación, como los algodones en rama, las lanas y los aceites, lo cual era una prueba evidente de la reanimación de nuestras manufacturas. Las exportaciones se habían resentido mucho menos de este crecimiento general, porque nuestro exterior no estaba aún restablecido en el año IX (de 1800 á 1801), y porque además era cosa natural que la fabricación de los productos precediese á la exportación de los mismos. Sin embargo, el total de las exportaciones, que en el año VIII sólo había ascendido á doscientos setenta y un millones, ascendió en el año IX á trescientos cinco. Este aumento de treinta y cuatro millones se debía particularmente á las salidas extraordinarias de nuestros vinos y aguardientes, que habían producido en Burdeos una grande actividad comercial. Notable es también la diferencia que los pasados diez años de guerra por mar habían producido entre nuestras exportaciones y nuestras importaciones, pues que acabáramos de recibir en valores cuatrocientos diez y siete millones, y sólo habíamos exportado trescientos cinco. Pero la restauración de nuestras manufacturas debía cubrir en breve esta diferencia.

Volvían á florecer nuevamente las sederías del Mediodía. Lyon, la ciudad favorita del primer cónsul, se entregaba otra vez á su preciosa industria. De los quince mil telares destinados en otro tiempo al tejido de la seda, sólo habían quedado allí en actividad dos mil mientras duraron nuestros trastornos. Ya estaban restablecidos siete mil. Lila, San Quintín y Ruán participaban del mismo movimiento, y en los puertos de mar en que iba á levantarse el bloqueo se disponían numerosos armamentos. El primer cónsul por su lado hacía para el restablecimiento de nuestras colonias preparativos, cuyo objeto y extensión veremos en breve.

Se quiso saber con la mayor certeza posible en qué estado había dejado la revolución á la Francia desde el punto de vista de la agricultura y de la población. Las investigaciones estadísticas, imposibles mientras el manejo de los negocios provinciales estaba confiado á administraciones colectivas, eran ya practicables desde la institución de las prefecturas y subprefecturas. Habíanse mandado formar varias matrículas que produjeron resultados singulares, confirmados no obstante por los consejos generales de departamento, reunidos por la primera vez el año IX. El censo de población estaba ya concluído en sesenta y siete departamentos de los ciento dos de que se componía la Francia en 1801. La población, que en aquellos sesenta y siete departamentos ascendía en 1789 á 21.176,243 habitantes, ascendía en 1800 á 22.297,443; aumento de un millón y cien mil almas, es decir, de cerca de una décimanovena parte. Este resultado, que hubiera parecido increíble á no confirmarlo las declaraciones de una multitud de con-



sejos generales, probaba que en la esencia el mal producido por las grandes revoluciones sociales es más aparente que real, bajo el aspecto material por lo menos, y que por otra parte el bien se substituye en breve al mal con una rapidez prodigiosa. La agricultura progresaba casi en todas partes. La supresión de las alcaldías había sido de grande utilidad en la mayor parte de las provincias, y si por destruir la caza había acabado con uno de los goces principales y más legítimos de las clases acomodadas, había en cambio librado á la agricultura de ruinosas vejaciones. La venta de muchas grandes posesiones ocasionó roturaciones y desmontes considerables, y dió valor á una parte de terreno antes improductiva. Aumentaban cada día la masa de los productos agrícolas muchos bienes del clero que habían pasado de manos de un usufructuario negligente á ser propiedad de particulares entendidos y activos. La revolución acaecida en nuestra propiedad territorial, que subdividiéndola entre mil manos ha aumentado tan prodigiosamente el número de los propietarios, así como la extensión de los terrenos cultivados, se verificaba ya á la sazón y producía resultados inmensos. Ciertamente es que los procedimientos y métodos del cultivo no habían recibido aún mejoras sensibles, pero la labranza se había extendido de una manera extraordinaria.

Los bosques, ya perteneciesen al Estado, ya á los consejos, se resentían del desorden administrativo de los últimos tiempos; eran uno de los objetos que con más urgencia pedían reforma, porque se desmontaban los terrenos en que había bosques plantados, y no se respetaban ni las propiedades del Estado ni las de los particulares. La administración de la hacienda, apoderada de un sinnúmero de bosques por la confiscación de los bienes de los emigrados, aún no sabía conservarlos y beneficiarlos con ventaja. Muchos propietarios, ausentes ó intimidados, abandonaban la guarda de los bosques de que eran poseedores, los unos en realidad y los otros fingidamente, á nombre de las familias proscritas.

Tales eran las consecuencias de un desorden que afortunadamente iba á terminar en breve. Consagró el primer cónsul su particular atención á la conservación de la riqueza montuaria de la Francia, y había ya empezado á restablecer el orden y el respeto á las propiedades. En todas partes se sentía la necesidad de un Código rural que evitase los perjuicios causados por los rebaños.

La nueva institución de los prefectos y subprefectos, creada por la ley de pluvioso del año VIII, había producido resultados inmediatos. Había sucedido al desorden y á la negligencia de las administraciones colectivas la regularidad y la presteza, consecuencias previstas y necesarias de la unidad del poder. Los asuntos del Estado y de las municipalidades secaron igual ventaja, porque encontraron por fin agentes que dedicaban á ellos una constante aplicación. La formación de las listas y repartos y la recaudación del impuesto, en otro tiempo tan descuidadas, no experimentaban atraso en parte alguna. Empezaba á introducirse también el orden en las rentas y gastos de las municipalidades, á pesar de que muchos ramos de su administración estaban aún por reformar. Los hospitales, por ejemplo, se hallaban en una decadencia deplorable: la destrucción de una parte de sus rentas por causa de la venta de sus bienes y la priva-

ción de muchas percepciones abolidas los tenían reducidos á la última miseria. En algunas ciudades se quiso remediar esto con los arbitrios sobre los consumos, reproduciendo en pequeño el sistema de las contribuciones indirectas; pero dichos arbitrios aún mal establecidos, ni eran suficientes ni estaban generalmente en uso. El servicio de los expósitos se resentía también del común desconcierto: veíanse abandonados muchos niños á quienes la caridad pública no amparaba ó que estaban entregados á nodrizas miserables cuyos salarios no eran satisfechos. Casi en todas partes volvían á pedirse las antiguas hermanas hospitalarias para el servicio de las casas de beneficencia. Los registros del estado civil, sacados de manos de los curas y confiados á oficiales municipales, se llevaban de una manera muy imperfecta; para arreglar esta parte de la administración tan importante para el estado de las familias, era menester, no sólo el celo y la vigilancia de los administradores, sino también la reforma de la ley, aún insuficiente ó viciosa. Era este uno de los objetos que debía reglar el Código civil que ahora se discutía en el Consejo de Estado.

Había quejas sobre la excesiva división de las municipalidades, sobre su número infinito, y se pedía la reunión de muchas de ellas. La administración francesa que ahora vemos tan completa, que sobrepaja en regularidad, en precisión y en rigor á todas las administraciones europeas, se iba así organizando rápidamente bajo la mano creadora y absolutamente poderosa del primer cónsul. Había éste imaginado un medio eficazísimo para estar instruido de todo y para poder introducir en aquella vasta máquina todas las mejoras de que era susceptible. Había encargado á los consejeros de Estado más idóneos que recorriesen la Francia y observasen por sus propios ojos la marcha de la administración en todas partes. Estos consejeros, al llegar á los departamentos principales, convocaban á los prefectos de los departamentos vecinos y á los jefes de los diversos ramos, y celebraban consejos en que se instruían de las dificultades que no habían podido ser previstas con anticipación, de los obstáculos inesperados que dimanaban de la naturaleza de las cosas y de los vacíos que se advertían en las leyes ó reglamentos hechos en los últimos diez años. Examinaban al mismo tiempo si aquella jerarquía de prefectos, subprefectos y alcaldes funcionaba con orden y facilidad, si los individuos eran bien elegidos, si se mostraban penetrados de las intenciones del gobierno y si eran como él firmes, laboriosos, imparciales y ajenos de todo espíritu de partido. Estas visitas producían excelente efecto; los consejeros de turno estimulaban el celo de los funcionarios, y llevaban al Consejo de Estado noticias útiles, así para la decisión de los negocios corrientes, como para la formación y corrección de los reglamentos administrativos. Alentados sobre todo por la energía del primer cónsul, no titubeaban en manifestarle quiénes eran los agentes que les habían parecido débiles ó incapaces ó animados de malas intenciones.

No se limitaba la solicitud del primer cónsul á hacer visitar el país por los consejeros de Estado; los numerosos edecanes enviados por él, tan pronto á los ejércitos como á los puertos de mar para mantener la energía de sus voluntades, recibieron también orden de observarlos todo en su tránsito, dando noticia exacta á su general.

Los coroneles Lacuée, Lauristón y Savary, enviados á Amberes, Boloña, Brest y Rochefort, Tolón, Génova y Otranto, recibieron encargo de detenerse á su vuelta en cada punto para ver, oír y tomar apuntes acerca de todo, así del estado de los caminos como del movimiento de los negocios comerciales, de la conducta de los empleados, de los deseos de las poblaciones y de la opinión pública. Nadie faltaba á este deber, nadie temía descubrir la verdad á un jefe justo y poderoso. Éste, que sólo pensaba á la sazón en hacer el bien, por cuanto este bien, infinito en su extensión y en su diversidad, bastaba para absorber el ardor de su alma, admitía con premura las verdades que había suscitado, y se aprovechaba de ellas resueltamente, ya fuera menester destituir y castigar á un funcionario culpado, ó bien llenar un vacío en las nuevas instituciones, ó finalmente, consagrar su atención á cualquier objeto que hasta entonces se hubiese ocultado á sus infatigables miradas (1).

(1) He aquí algunas de las instrucciones enviadas á sus edecanes comisionados.

*Al ciudadano Lauristón, edecán.*

*París, 7 pluvioso del año IX (27 de enero de 1801).*

Emprenderá usted su viaje, ciudadano, á Rochefort. Visitará usted minuciosamente el puerto y el arsenal, dirigiéndose para esto al prefecto marítimo.

Me traerá usted informes sobre los puntos siguientes:

- 1.º El número exacto y circunstanciado de hombres que se encuentran á bordo de las dos fragatas que salen, y el inventario de todos los objetos de artillería y demás contenidos en la misma. Permanecerá usted en Rochefort hasta que se hagan á la vela.
- 2.º Cuántas fragatas quedan en el puerto.
- 3.º Un informe particular sobre cada uno de los tres navíos el *Fulminante*, el *Duguay-Trouin* y el *Aguila*. Dentro de cuánto tiempo podrán estos navíos hacerse á la vela.
- 4.º Un informe particular sobre cada una de las fragatas la *Virtud*, la *Cibeles*, la *Voluntaria*, la *Tetis*, la *Emboscada* y la *Franqueza*.
- 5.º El estado de todos los fusiles, pistolas, sables y municiones que se hubiesen remitido á ese puerto para las expediciones marítimas.
- 6.º ¿Hay en los almacenes de víveres de la marina con qué abastecer para seis meses á seis navíos de guerra, sin contar los tres arriba mencionados?
- 7.º Por último, ¿se han tomado todas las medidas convenientes para alistar marineros y para que se envíen de Burdeos á Nantes los víveres, los cordajes y todo lo necesario para el armamento de una escuadra?

Si usted cree tener que permanecer en Rochefort más de seis días, me remitirá usted por el correo su primer informe. No se descuide usted en manifestar al prefecto que yo estoy en la persuasión de que el ministro de Marina ha tomado las medidas para que puedan salir nueve buques de Rochefort á principios de ventoso. Ya conoce usted que esto se lo debe decir con todo sigilo.

*Aprovechará usted todas las circunstancias para adquirir noticias en todos los puntos por donde pase sobre la marcha de la administración y sobre el espíritu público.*

Si se retrasa la salida de las fragatas, podrá usted pasar á Burdeos y volver por Nantes.

Me traerá usted á su regreso un informe sobre las tres fragatas que se están armando.

Salud.

BONAPARTE.

*Al ciudadano Lacuée, edecán.*

*París, 8 ventoso del año IX (28 de febrero de 1801).*

Ciudadano: pasará usted á Tolón con toda premura. Entregará usted la adjunta carta al contraalmirante Ganteaume. Visitará usted todos los buques de la escuadra y del arsenal: cuidará usted de informarse por sí mismo con toda exactitud de la fuerza y número de los buques ingleses que bloquean el puerto de Tolón. Si es me-

La discusión del Código civil en el Consejo de Estado era un espectáculo que fijaba la atención en aquel momento. La necesidad de este Código era en verdad la más urgente de todas de Francia. La antigua legislación civil, compuesta de derecho feudal, derecho con-

nor que la del contraalmirante Ganteaume, le amonestará usted á no dejarse bloquear por fuerzas inferiores.

Si las circunstancias deciden al general Ganteaume á continuar su misión, le aconsejará usted que tome en Tolón todas las tropas que pueda conducir. Con este objeto verá usted al comandante militar para que no le ponga ningún obstáculo y le entregue dichas tropas.

Manifestará usted al contraalmirante Ganteaume que en general se ha criticado algo su maniobra sobre Mahón, por cuanto con ella ha puesto sobre aviso al almirante Warren, cuyo solo objeto era defender aquel puerto.

Si el contraalmirante Ganteaume se decide á llevar á cabo su misión, permanecerá usted en Tolón cuatro días después de su salida.

Si por el contrario las noticias de la mar hiciesen creer con fundamento que permanecerá aún largo tiempo en ese puerto, volverá usted á París después de haber pasado quince días en Tolón, seis en Marsella, cuatro en Aviñón y cinco ó seis en Lyon.

Cuidará usted de traerme el estado de cuanto entre en cada buque; el estado de los barcos y fragatas enviados de Tolón desde el 1.º vendimiario del año IX; el estado del arsenal, y noticia sobre los funcionarios públicos de los puntos por donde usted pase y sobre el espíritu que en ellos reina.

Aprovechará usted todos los correos que despache el prefecto marítimo para darme noticias de la escuadra del mar y de los ingleses.

Procurará usted animar con sus palabras á todos los capitanes de navío, persuadiéndolos bien de lo mucho que interesa su expedición á la pacificación general.

Salud.

BONAPARTE.

*Al ciudadano Lauristón.*

*París, 30 pluvioso del año X (19 de febrero de 1802)*

Ciudadano: he recibido las varias cartas que usted me ha escrito, y su última del 25 pluvioso. Suplico á usted tome con todo secreto noticias y datos sobre la administración de los víveres, cuyo servicio parece dar lugar á quejas y reclamaciones. Procure usted traerme á su regreso un estado minucioso sobre las mercaderías del Norte que durante el año X ha suministrado la compañía Lechie. Pretende ésta tener en la actualidad un valor de un millón setecientos mil francos en los almacenes.

Qué cantidad de maderas se ha remitido del Havre desde la paz, y si por fin se trabaja en la conclusión de los cinco buques que se están construyendo.

Al volver á Lorient vea usted cuántos buques se construyen, y para cuándo podrá botarse al agua uno de ellos. Examine usted á todos los artilleros y granaderos guardacostas, para poderme decir qué especie de hombres son y en qué se los podrá emplear cuando se celebre la paz definitiva.

Por último, trate usted de asegurarse en Nantes de los géneros del Norte que se han recibido durante el año X, y del cañamo que queda aún; vea usted si continúa en actividad el transporte de maderas á Brest. Deléngase usted dos días en Vannes para hacer las observaciones convenientes sobre el espíritu público.

Procure usted hacer todas las observaciones por sí propio, y sin entenderse con las autoridades.

Entérese usted de la reputación que ha dejado en Lorient cierto individuo llamado Chorrón, y permanezca usted allí tres ó cuatro días para observar la marcha de la administración en aquel puerto.

Finalmente, no pierda usted ninguna ocasión de verlo todo por sí mismo y de formarse una opinión fija sobre la administración marítima y militar.

Infórmele usted en cada departamento de las esperanzas que da la próxima cosecha.

Supongo que me traerá usted notas sobre el modo de pagar á las tropas, sobre su vestuario, y sobre la asistencia de los principales hospitales de tierra.

Salud.

BONAPARTE.



suetudinario y derecho romano, ya no convenía a una sociedad de todo punto revolucionaria. Las antiguas leyes sobre el matrimonio, las que después se improvisaron sobre el divorcio y las sucesiones, no convenían ni al nuevo estado de la sociedad, ni a un orden de cosas moral y regular. Una comisión compuesta de los distinguidos jurisconsultos Portalis, Tronchet, Bigot de Preameneu y Malleville, había redactado un proyecto de Código civil. Envióse este proyecto á todos los tribunales para que lo examinasen é hiciesen sobre él las observaciones que creyeran oportunas. De resultados de este examen y de aquellas observaciones, fué modificado el proyecto y sometido finalmente al Consejo de Estado, que acababa de discutirlo artículo por artículo por espacio de muchos meses. El primer cónsul asistía á todas aquellas sesiones, presidiéndolas y desplegando en ellas tal método, tal claridad y tal elevación de ideas, que todos quedaban asombrados de oírle. Como acostumbrado á mandar ejércitos y á gobernar provincias conquistadas, nadie se admiraba de que se mostrase buen administrador, por cuanto esta cualidad es indispensable á todo gran general; pero la de legislador producía maravilla con harta fundamentación. Su educación desde este punto de vista fué cosa terminada en muy poco tiempo. Interesado por todo, por cuanto todo lo comprendía, había pedido al cónsul Cambaceres unos cuantos libros de derecho, y especialmente los materiales preparados bajo la Convención para la redacción del nuevo Código civil. Los leyó, ó más bien los devoró todos, lo mismo que había hecho con los otros libros de controversias religiosas que se había proporcionado al tratar del Concordato, y en breve, clasificando en su mente los principios generales del derecho civil, y agregando á aquellas pocas nociones rápidamente adquiridas su profundo conocimiento del hombre y su gran lucidez de entendimiento, se puso en disposición de poder dirigir aquellas tareas tan importantes, y aun de enunciar en la discusión un número considerable de ideas originales, exactas y profundas. A veces su insuficiencia en aquellas materias le exponía á sostener ideas extravagantes, pero se dejaba conducir dócilmente al verdadero camino por los sabios que le rodeaban, y puede decirse que era superior á todos ellos siempre que se trataba de deducir del conflicto de opiniones encontradas la conclusión más natural y más razonable.

El principal servicio que el primer cónsul hacía era contribuir á la conclusión de aquel hermoso monumento con un ánimo enérgico y una actividad constante, y superar de este modo las dos grandes dificultades en que hasta entonces se había tropezado, que eran la infinita variedad de pareceres y la imposibilidad de trabajar con asiduidad en medio de las agitaciones continuas de la época. Cuando la discusión había sido larga, difusa y obstinada, lo que ocurría frecuentemente, el primer cónsul poseía el arte de resumirla, de cortarla con unas cuantas frases, y además estimulaba á todos á trabajar, dando él el ejemplo por espacio de días enteros. Imprimíanse y se publicaban las actas de aquellas sesiones notables; sin embargo, antes de que pasasen al *Monitor* cuidaba el cónsul Cambaceres de revisarlas y de suprimir todo lo que no conviniese publicar, ya por ser opiniones un tanto estrambóticas emitidas por el primer cónsul, ó porque hubiese éste tratado de ciertas cues-

tiones de costumbres con una familiaridad de lenguaje que no fuera decoroso propagar fuera del recinto de un consejo íntimo. Así, pues, en dichas actas ó informes sólo quedaba el pensamiento del primer cónsul, rectificado unas veces, muchas debilitado, pero siempre notable y digno de meditación. Admirábase el público y se acostumbraba á considerarle como el único autor de cuanto bueno y grande se hacía en Francia; y aun parecía como que miraba con cierto placer convertido en legislador al que había visto general, diplomático, administrador, y siempre hombre superior en papeles tan distintos.

Estaba terminado el primer libro del Código civil, y entraba en el número de los infinitos proyectos que iban á someterse al cuerpo legislativo; la pacificación de la Francia y su reorganización interior marchaban, pues, al mismo paso. Aunque no estuviese reparado todo el mal, aunque todo el bien no estuviese realizado, no obstante, la comparación de lo presente con lo pasado llenaba todos los corazones de satisfacción y de esperanza. Todo el bien que se había hecho se atribuía al primer cónsul, y con razón, porque según el testimonio de su asiduo colaborador el cónsul Cambaceres, dirigía el conjunto, cuidaba por sí mismo de los pormenores, y hacía él en cada ramo más aún que aquellos á quienes estaba especialmente confiado.

El hombre que gobernó la Francia desde el año 1799 hasta el de 1815, tuvo sin duda en su carrera días de gloria dignos de enajenar su razón, pero ciertamente ni él ni la Francia á quien había seducido, alcanzaron jamás días como estos á que ahora llegamos, ni en que acompañase á la grandeza más profunda sabiduría, y sobre todo esa sabiduría que presagia la duración. Después de la victoria acababa de fundar la paz más hermosa, y aquella que después de la paz marítima jamás obtuvo; substituyó al caos el orden más completo; conservó la libertad, no ciertamente toda la que era de desear, pero sí toda la que era posible al día siguiente de una sangrienta revolución; hizo bien á todos los partidos; respetó las leyes, á excepción de haber sido el autor de la deportación de unos ciento y tantos revolucionarios, sentenciados sin forma de juicio, después del suceso de la máquina infernal; mas por ser tan grande el bien, ni siquiera se pensaba en semejante acto, que ciertamente era culpable por haber sido ilegal. Finalmente, la Europa reconciliada con la república, reconociendo tácitamente que había hecho mal en entrometerse en una revolución que en nada le atañía, y que el engrandecimiento inaudito de la Francia era la justa consecuencia de una agresión injusta heroicamente repelida, acudía con premura á deponer sus homenajes á las plantas del primer cónsul, estimándose dichosa con poder decir por dignidad propia que sólo hacía la paz con un revolucionario lleno de genio y restaurador glorioso de los principios sociales.

¿Y cómo, al contemplar las maravillas de aquellos primeros años, no había de decir la historia al hablar de tan portentoso reinado, que jamás se había visto en la tierra nada más grande ni más completo? Esto mismo llevaban escrito en su semblante admirador y ansioso los hombres de todas clases y de todas las naciones que se apiñaban en torno del primer cónsul. Grande, extraordinaria, era en París la afluencia de los extranjeros

que habían acudido allí para ver la Francia, para ver al general Bonaparte, y casi todos ellos se hacían presentar á él por los ministros de su gobierno. Su corte, porque también se la había formado á su modo, era á un mismo tiempo militar y civil, severa y elegante. Agregó á ella algunos pormenores desde el año precedente; estableció una casa puramente militar para él y los cónsules, y destinó para madama Bonaparte una servidumbre enteramente regia.

Formóse la guardia consular de cuatro batallones de infantería de mil doscientos hombres cada uno, unos de granaderos y otros de cazadores, y de dos regimientos de caballería, el primero de granaderos y el segundo de cazadores de á caballo. Componíanse unos y otros de los soldados más arrogantes y bravos del ejército. Completaba dicha guardia una artillería numerosa y bien servida, haciendo de ella una verdadera división de guerra, provista de todas armas y en número de unos seis mil hombres. Mandaba aquella rozagante tropa un brillante estado mayor. Nombróse un coronel para cada batallón y un general de brigada para dos batallones reunidos. Cuatro tenientes generales, uno de infantería, otro de caballería, otro de artillería y otro de ingenieros, mandaban alternativamente el cuerpo entero durante una década y alternaban en el servicio de los cónsules. Era aquel un cuerpo de tropa escogida en que los mejores soldados hallaban la recompensa de su buen comportamiento, que rodeaba al gobierno de un prestigio conforme con su carácter belicoso y que en los días de batalla ofrecía una reserva invencible. Recuérdese que el batallón de granaderos de la guardia consular salvó en cierto modo al ejército en Marengo.

A este estado mayor particular de la guardia consular añadió el primer cónsul un gobernador militar para el palacio de las Tullerías, acompañado de dos oficiales de estado mayor con el título de ayudantes. Era este gobernador el edecán Duroc, de quien siempre se valía el primer cónsul para las comisiones más delicadas; ni había oficial ninguno más apto que él para mantener en el palacio del gobierno el orden y el decoro que tanto se acomodaban al espíritu de la época. Era preciso neutralizar aquel aparato exclusivamente militar con ciertos hábitos de civil cortesanía. Se encargó durante el primer año al consejero de Estado Mr. Benezec que presidiese á las audiencias y que recibiese con el miramiento debido, así á los ministros extranjeros como á los grandes personajes admitidos cerca de los cónsules; ahora se substituyeron al consejero de Estado Benezec en aquel empleo cuatro oficiales civiles con el título de prefectos de palacio. Diéronse á madama Bonaparte cuatro damas que le ayudasen á hacer los honores de la sociedad del primer cónsul. Así que se supo que se disponía esta nueva organización en el palacio, hubo numerosas pretensiones, y aun de las familias que pertenecían á lo que se llamaba antiguo régimen. No era aún la alta nobleza que llenó en otro tiempo los salones de Versalles la que acudía á solicitar; aún no había llegado para ella el tiempo de someterse; pero sí familias distinguidas de la época pasada que no se habían hecho notar en la emigración y que eran las primeras en reconciliarse con un gobierno poderoso, cuya gloria hacía honroso para todos el servirle. Eligió el general Bonaparte para prefectos de palacio á Mr. Benezec, que ya

había ejercido funciones de tal; á Mr. Didot y á Mr. Lucay, antiguos empleados en hacienda, y á Mr. de Remusat, procedente de la magistratura. Las cuatro damas encargadas de hacer los honores cerca de madama Bonaparte fueron las señoras de Lucay, de Lauristón, de Talhouet y de Remusat. Los personajes más maldicientes de las tertulias de emigrados de París no tenían cosa alguna que decir contra estos nombramientos, y los hombres racionales que sólo quieren en los palacios lo que hace necesario el decoro y la conveniencia, no podían criticar aquella organización á un mismo tiempo civil y militar. Necesitase, en efecto, así en una república como en una monarquía, custodiar el palacio de los jefes del Estado y rodearle con el imponente aparato de la fuerza pública; es menester que en el interior de este palacio haya damas y caballeros que reciban y honren, ya sea á los extranjeros ilustres, ya á los ciudadanos distinguidos, admitidos á la presencia de los primeros magistrados de la república. Bajo este aspecto la corte del primer cónsul era imponente y digna. Comunicábase la cierta gracia su esposa y sus hermanas, notables todas por sus maneras ó por su talento ó por su belleza.

Hemos hablado ya anteriormente de los hermanos del primer cónsul; tócanos ahora hablar de sus hermanas. La mayor, madama Elisa Bacciochi (1), poco recomendable por su figura, éralo mucho por su ingenio, y reunía siempre en torno suyo á los literatos más distinguidos de la época, tales como Suard, Morellet, Fontanes y otros. La segunda, Carolina Murat, casada con el general de este nombre, bella y ambiciosa, un tanto infatuada por la fortuna de su hermano, muy atenta á sacar partido de ella para sí y para su esposo, era una de las mujeres de aquella nueva corte que la daban más animación y elegancia. La tercera, Paulina Bonaparte, que había casado con el general Leclerc, y que después contrajo matrimonio con un príncipe Borghese, era una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Aún no había entonces dado tanto pábulo á la maledicencia como dió más adelante, y si bien su imprudente conducta apesadumbraba á veces á su hermano, la apasionada ternura que por él tenía le ablandaba y desarmaba su severidad. Dominaba sobre todas madama Bonaparte por su posición de esposa del primer cónsul, y con su agrado cautivaba á los propios y extraños admitidos en el palacio del gobierno. Reprimía las rivalidades inevitables y ya visibles que dividían á los miembros de aquella familia tan cercana al trono el general Bonaparte, el cual, aunque amante de sus parientes, trataba con militar aspereza á todo el que turbaba la paz que quería ver reinar á su alrededor (2).

Acababa de ocurrir en la familia consular un acontecimiento de cierta importancia, que era el enlace de Hortensia Beauharnais con Luis Bonaparte. El primer cónsul, que profesaba un tierno cariño á los dos hijos

(1) El marido de ésta, Mr. Bacciochi, era á la sazón un simple coronel del regimiento 26.º de infantería ligera. (N. del T.)

(2) Un diario satírico de la época decía: «La familia reinante parece dividida en dos partidos: por un lado Luciano, su madre, la familia de Bacciochi y un enjambre de primos y colaterales que han salido de todas las madrigueras de Córcega en busca de destinos; por el otro, el grande hombre, su mujer, la señorita Hortensia, su futuro Luis, las familias de Murat y de Leclerc. El presidente José permanece neutral y sostiene la balanza entre ambos partidos.» (N. del T.)